

La novela proletaria

25

CTS

7



AUGUSTO
VIVERO

A TIRO LIMPIO

LA NOVELA PROLETARIA

PUBLICACION SEMANAL

Director: **AUGUSTO VIVERO**

Año I



Núm. 9

A tiro limpio

por

AUGUSTO VIVERO

Portada de GUY



EDICIONES LIBERTAD

Calle de Roma, 41
MADRID

LA NOVELA PROLETARIA

ha publicado los siguientes números, que servirá a los corresponsales:

Sindicalista de acción, por Augusto Vivero.

Una pedrada a la Virgen, por J. Antonio Balbontín.

Las ánimas benditas, por Eduardo Barriobero.

La caída del dictador, por Angel Pestaña.

Mi dama y mi «star», por Angel Samblancat.

¡Pero mató a un burgués!, por Alfonso Martínez Carrasco.

Las calaveras de plomo, por el capitán Sediles.

El confidente, por Eduardo de Guzmán.

A tiro limpio, por Augusto Vivero.

El próximo número se titulará

LA B O M B A

por

RODRIGO SORIANO

Imp. Campos (hijos), Castelar, 30, Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

A tiro limpio

*A Salvador Sediles,
con mucho afecto.*

VIVERO.

I

Entre aquellos campesinos corrió la noticia con fragores de tempestad. Sus tierras, las tierras que en lucha incesante habían arrancado a la estéril desolación de los montes españoles, dejaban de ser suyas prácticamente. El fruto de sus afanes, de sus ilusiones, de su pugna feroz contra la hosquedad de la Naturaleza, tenía de pronto un dueño legítimo, alguien que, frente a lo que era de ellos por ley del trabajo, erguía la otra ley que los más fuertes instituyen con el Registro de la Propiedad.

Cierto. En lo legal, los fecundadores del pedazo de serranía eran sólo unos intrusos. Un Rey, en pasadas centurias, lo agregó a los dominios de un Conde. ¿Por qué? La Historia sonríe y calla, como quizás sonreía y callaba el Conde cuando más debiera ver, oír y no callar. Y por aquéllo, el trozo de sierra quedó en la prócer estirpe, que solamente a la hora de transmitirlo en herencia se acordaba de los ásperos breñales.

Pero un día, en amarga peregrinación, llegaron allí unas familias de labriegos. El Fisco acababa de quitarles las tierrecillas de sus amores. Malos años y malas cosechas habíanles impedido pagar los tributos, y como la primera obligación de los ciudadanos es pagar, aunque no tengan, echóselos de lo suyo, que vino a convertirse en yermo, hasta que un prestamista lo compró por unos ochavos...

Viendo aquel monte, solitario e improductivo, los tristes labriegos consideráronse llegados a tierra de promisión. ¿Cómo iba a tener dueño lo que ni aun producía yerbajos?

¡Ay! Los pobres ignoraban que no hay cosa sin dueño, que la propiedad es intangible aunque vaya contra el interés colectivo, y en fin, que nadie puede hacer fructificar tierras que su amo tiene improductivas. Por ignorar cosas tan entrelazadas con el concepto de «Orden», los infelices pusieron a reñir agria lucha con los pedruscos, con la sequía, con las turbonadas, y a la postre se hallaron con unos viñedos y no pocos olivos.

Entonces, les llegó de golpe y porrazo la tremen-

da realidad. Dos de aquéllos a quiénes se llama religiosos, sin duda porque viven de la Religión, llegaron allá en compañía de otros seglares, untuosos y místicos. Y, entre indignados aspavientos, al ver una aldehuela y vegetación donde sólo debería haber, legalmente, soledad y aridez, increparon con enojo a los fecundadores de la tierra. ¿Con qué derecho habían invadido bienes ajenos? ¿Cómo fueron osados a ejercer delictivas acciones de dominio en la propiedad de otro? ¿Qué audacia era la suya para vivir a costa de un patrimonio que tenía legítimo poseedor?

Ociosas fueron las alegaciones de los desdichados intrusos. Estaban en terrenos de la señora Condesa. Mejor dicho, en terrenos que tuvo la señora Condesa, quien, mirando por la salvación de su alma, legóselos al morir, hacía poco, a la Comunidad de su santo confesor. La Comunidad, ¡claro!, no tenía ningún apego a los bienes terrenales, de buen grado quisiera dejar las cosas como estaban; pero...

El «pero», un poco embrollado y confuso, no convenció a las víctimas, quizás porque las víctimas han sido siempre difíciles de convencer. Lo único que entendieron—porque ahí no hubo monsergas—es que antes de tres meses debían irse con sus familias, aperos y enseres. De no, la guardia civil encargárase de restituir la propiedad a sus legítimos poseedores.

—Pero, ¿dónde vamos a ir?—interrogaban angustiados los fecundadores de la serranía—. Si esto, que siempre estuvo en abandono, nos echa de

nuevo a rodar por el mundo, ¿a qué pedazo de tierra pediremos pan y quietud?

—No hay que desesperar nunca—respondió con evangélica dulzura uno de los religiosos—. Dios no abandona jamás a nadie. Lo mismo que os permitió vivir aquí, gratuitamente, años y años, lo mismo procurará que halléis donde ganáros la vida. ¡Es tan grande la misericordia del Señor!

Y se fueron, dejando tras sí una estela de amargura. Y por bajo de la amargura, un odio feroz, el odio del que averigua de súbito que «el hombre es el lobo del hombre». Lobo más temible cuando envuelve las uñas en la estameña de los sayales...

II

—Sean prudentes, hermanos; sean prudentes—habían dicho los frailes al partir—. La resistencia será inútil. Con que, a ser buenos, y en el plazo que bondadosamente se les otorga, váyanse. Y sin alborotos, sin destruir nada. Seríamos inexorables.

La cólera unió en un mismo impulso a los parias. ¡Irse! No; no se irían. ¿Por qué dejar lo suyo, lo ganado con jirones de su robustez y su vida? ¡Que si un testamento!... ¿Y qué sabían de la Condesa

los antiguos peñascales? ¿Los visitó siquiera? ¿Costáronle una gota de sudor? ¿Tuvo más que recibirlos y transmitirlos en herencia? ¿Y aquéllo podía valer más que el convertir los pedruscos en vino y en aceite? ¿Más que el contender con la Naturaleza un año y otro año, vencéndola con el músculo y con la constancia? ¿Más que el derecho a la vida de los hombres sin tierra?

Los parias no vacilaron. ¡No se irían! Que los matasen allí, sobre sus ilusiones muertas, sobre su felicidad destrozada. Puesto que lo perdían todo cuando creían tenerlo todo, ¿qué era la muerte sino una liberación?

Preferible morir de una vez a morir de hambre, poco a poco, en esas carreteras, frente a la desolación del derecho de propiedad en los montes pelados, o ante la insolencia de los enormes cotos de caza y la iniquidad de las magníficas dehesas donde comen regalonamente los toros del deporte nacional, mientras los hombres sin tierra padecen la mordedura cruel del hambre.

No; no se irían, sucediese lo que sucediese. Y no se fueron.

III

El paso de los frailes por allí dió pie a curiosas informaciones periodísticas. España averiguó con asombro haber «Una colonia de ateos que niega el

derecho de propiedad» y «Quince familias de foragidos que viven ofendiendo las leyes de la moral, del Estado y de la Iglesia».

Para los dolores incalculables de los años de miseria espantosa, ni una palabra. Ni un concepto de justicia para el laborioso enjambre que, unido por la religión del trabajo—única sacrosanta—, supo vivir siempre con jubilosa honradez.

Escandalizaba mucho a la Prensa católica que ninguno de los muchachos nacidos allí conociese la Doctrina. ¡Qué monstruos! Aquel viejín que los enseñó a leer sobre un libro viejo y que más tarde—cuando alguien iba de compras al lugar menos distante—, hacíales llevar folletos librepensadores, aquel viejín, era ¡un antiguo anarquista!, lleno de rencor contra la sociedad, enemigo furibundo de los potentados y odiador implacable de la santa Iglesia, que divulga lo de «Siempre habrá entre vosotros ricos y pobres». ¿Qué podían ser los muchachuelos educados por tal bicho?

Y los periódicos aducían, con grandes ponderaciones, la vida criminal de los colonos.

Entre ellos nadie confesaba, ni comulgaba, ni oía misa.

Ni rastro de un casamiento lícito. Luis el anarquista, persuadió a sus secuaces de que para el matrimonio lo indispensable era el cariño, no pagar un canon a los sacerdotes. Por eso, cuando querían casarse dos en la colonia, bastaba con anotar su deseo en un libro. «Día tantos de tantos. Fulano y Fulana contraen matrimonio.»

Cuando nacía un chiquillo, igual. Nada de curas, ni de remunerar a la Iglesia. Siempre la nota en el libro. «Día tantos de tantos. Se pone tal nombre al hijo de Fulano y Fulana, que nació en tal fecha.»

También, ¡horror de horrores!, ni vestigio de camposanto. Un cementerio, entre tomillos, sin una cruz. Y una nota en el libro. «Día tantos de tantos. Muere Fulano.»

¡Infame! ¡Inaudito! ¡Y en España, la nación católica por excelencia! ¡Qué podía esperarse de tan odiosa gentuza! Lo que había hecho: asaltar a mano armada propiedades ajenas, apropiárselas airadamente y esgrimir terribles amenazas contra la nobilísima condesa de Siete Adornos, las muchas veces que la virtuosa dama los quiso echar de allí.

Pero aquello no podía ser. La noble señora, en trance de muerte, rogó a los herederos suyos que acabasen con tan indignos agravios a Dios y a la Santísima Virgen. Por lo cual, los herederos, con aplauso de todas las personas decentes, se aprestaban a emprender sin claudicaciones la sana obra que se les había encomendado.

La conciencia católica de España podía descansar sin temores. Dios y la Santísima Virgen lograrían pronto y eficaz desagravio. La infame colonia comunista desharíase como la sal en el agua.

IV

Ignorante de su maldad, la colonia vivía con los ojos puestos en el camino por donde llegaron y partieron los frailes. Los tricornios eran su pesadilla. Imaginaba mirarlos aparecer siempre que allá lejos, en dirección a la carretera, mostrábanse bultos desconocidos.

De repente comenzó a producirse un hecho insólito, de inexplicables causas y misteriosas apariencias.

Desde que, tiempo atrás, el grupo de familias apegóse a la hosca soledad serrana, casi ningún extraño había ido por allí. Ahora, en trueque y por lo común al caer de la tarde, los de la aldehuela desahuciada veían llegar por el trabajoso camino carretero tales y cuáles autos de lujo, que pausadamente y diríase que con miedo, pasaban y repasaban por delante del picacho más abrupto.

—Serán compradores de lo nuestro—barbotaban furiosos los hombres, empuñando la mohosa escopeta o el viejo pistolón de dos cañones.

—¡Granujas—vociferaban los chicos—. Y honda en mano, semiocultos entre las rocas, hacían llover un chaparrón de guijarros sobre los malditos que osaban acercarse.

No eran, no, compradores. Un día se cercioraron.

Presentóseles una pareja de la guardia civil, y, reuniendo a los mayores del agreste aldeorrio, les conminó en cumplimiento de las órdenes que llevaba.

Si no concluían las pedreas, haríase duro escarmiento en los salvajes. Porque algunos periódicos de Madrid protestaban con violencia contra el ateísmo de aquellos monteses, que, sin duda por instigaciones de Moscú, querían impedir a las almas piadosas cerciorarse de cómo, en efecto, la Virgen se aparecía entre los riscos de la Sierra.

La estupefacción de los serranos fué infinita. ¡La Virgen allí! ¿Y para qué?

Para que se la desagraviase.

¿Cómo? ¿Ahora? ¿Tras tantos años de vivir ellos tranquilamente sobre la sierra? ¡La Virgen paseándose de noche por entre los peñascos de aquella solitaria loma, contigua a los olivares! ¡Y sin que ninguno de la colonia la hubiese visto, con todo y hallarse tan cerca! ¿Cómo no la vieron ni una vez cuando pretendían en balde fecundar aquellas agrias asperezas, campo de las apariciones?

Los montunos tenían razón. Y aun pudieron añadir: ¿Qué beneficios trae a la Humanidad el estéril milagro de las apariciones místicas? ¿No fuera de preferir que la Virgen, dando empleo útil a su continua movilidad, y a su poder mágico, volviese las peñas de la loma en fértil pinada o en olivar fecundo? ¿No sería más deseable y propio que trajese normas de justicia al mundo? Que aquí, según se ha dicho, por igual abundan las tierras sin hombres que los hombres sin tierra.

Mas contra la fe no valen argumentos. En vano la ciencia dice cómo las apariciones santas constituyen pueril desvarío, cuando no vulgar negocio. Los pobres de espíritu—para quienes está reservada la dicha de ver a Dios—, tienen fe. Y es la fe la que hace los milagros. Con razón se afirma que los verbos crear y creer coinciden en el presente de indicativo: Creo.

Era, pues, innegable lo de haberse aviciado la Virgen en aquel improductivo peñascal. Y de sope-tón. Sin saberse cuándo ni cómo. Lo único positivo es que se sentía muy agraviada. Y que esto llegó a discernirse de modo seguro.

Alguien, a quien la casualidad llevó por aquellas arideces una noche—se ignora con exactitud a qué—, perdió el rumbo y alcanzó la honra de que la Virgen se le presentara. Más aún. Que la Virgen, andando por entre las peñas, tomara sobre sí la función de guiar hasta el camino al extraviado pasajero. En consecuencia, si la Virgen moraba junto a las abominaciones de la colonia, ¿por qué podía ser sino por desear que se la desagraviase?

Vió uno a la Virgen, y después... Como nadie ignora, en esta índole de copiosísimos milagros lo sólo difícil es la primera contemplación.

Así que la celeste dama o alguno de sus allegados se digna mostrarse a los fieles en cualquier paraje oscuro, acuden más fieles en montón, y hasta incrédulos que ansían cerciorarse. Pero la Divinidad se burla de los dudadores. Y mientras los devotos la ven, y hasta consiguen que les produzca santí-

simas llagas, o les cure padecimientos nerviosos, los impíos se van conforme vinieron, sin enfrentarse ni por casualidad con la divina exhibición.

Al sacro peñascal habían acudido únicamente personas de arraigadas creencias. Y, según los periódicos, muchas, muchísimas, tuvieron el placer infinito de contemplar la celeste aparición judaica.

Casi todos los que acudieron a ver, fuéronse viendo. No obstante, casi ninguno vió lo que los demás afortunados.

Tal sostenía ser la Virgen guapa, de poca estatura y carnosuela, cuando a juicio de tal otro era feuchilla, endeble y alta.

Hubo quien la reputó sombra y quien la tuvo ante sí en carne y hueso.

Para uno, encantaba con su semblante moeril; para otro, imponía con sus severas facciones matroniles.

Esta, la vió rubia, peinada a lo manolo, en tanto que la de más allá estaba segurísima de haberla visto con bucles negros a lo garzón.

El rapabarbas del lugar vecino sostenía, incluso con blasfemias, vestir Nuestra Señora como las Concepciones de Murillo; mas unas Hijas de María, llegadas de Sigüenza con sus amantes, deshacíanse proclamando que la Virgen iba de luto, y, con ojos llorosos, besaba el crucifijo pendiente de su cuello.

¡Bah! ¿Qué suponían las discrepancias menudas si lo fundamental, el hecho de la aparición, quedaba rotundamente confirmado? El prodigio era no-

torio. Y de grueso calibre, por mostrarse la Virgen entre las tinieblas del monte y no tener los fieles ojos de gato.

Al enterarse de todo aquéllo, bien por la pareja de civiles, bien por indagaciones personales, hubo entre los colonos profunda confusión.

Las mujeres, en cuyo cerebro quedaban rastros de las supersticiones recibidas en la niñez, despertáronse al espolazo del temor, origen de todas las creencias en lo sobrenatural. Por lo bajo, primero; con mayores seguridades después, pusieron a salmodiar inquietudes. Una cosa eran curas y frailes y otra Dios y su Virgen idolatrada. Posiblemente allí todos ofendieron a la Virgen, que se casó por la Iglesia, que llevó a bautizar a Jesús por el cura de su parroquia, que se hizo enterrar en sagrado...

Las mocitas, las casadas jóvenes, se encogían de hombros. ¿Ayudó la Virgen a los padres de ellos cuando padecieron miseria, cuando se guarecían entre tiritones dentro del carro, cobijo único de la familia? ¿Se presentó hasta que vinieron por allí los frailes? ¿Y no vivió amancebada María con José, por no estar casados ante la Iglesia?

Los hombres negaban. ¡Qué prodigio ni qué be-rengenas! Negaban, después de haber pasado noches enteras con el cada día mayor concurso de peregrinos. Negaban, porque no vieron ni asomos de imagen divina cuando alguna muchacha, o alguna cincuentona, en violenta crisis de nervios, gemía súplicas a la para ella visible divinidad. ¿Por qué

la aparición sólo se cuidaba de convencer a los vencidos?

La discordancia de pareceres trocó en infierno, muy pronto, la antes apacible y feliz colonia. No quedó familia en donde reinase la paz. Hubo reyertas entre deudos y amigos. Y todo fué allí desabrimientos, inquinas y saña.

Corroborábase lo, por desdicha del mundo, tan experimentado hace veinte centurias. «No he venido a poner paz—dicen que Jesús dijo—; no he venido a poner paz, sino espada. Porque he venido para hacer disensión del hombre contra su padre; de la hija contra su madre, y de la nuera contra su suegra.» (Mateo, X, vers. 34-35.) En efecto, la Religión había obrado tan doloroso prodigio en la infeliz colonia.

Mientras, la imaginaria sombra traía de todas partes legiones de fieles. Y hubo necesidad de que los santos herederos de la de Siete Adornos pusiesen guardas para impedir el acceso de los devotos al divino peñascal.

¿Impedir? No tanto, no tanto. Los custodios de la fe dieron permisos especiales con que visitar el teatro de las celestes apariciones. Y todo aquel que pagó una peseta, tuvo, con el permiso, facultad para pedir a la Virgen el milagro que más le conviniese. En pocas ocasiones se revendió más barato lo prodigioso.

Se hunde la tarde. Frente a los polvorosos olivos, tras cuyo apagado verdor se yergue, adusta, la «Montaña de la Virgen», Luis el anarquista contempla melancólico el paisaje. Hay en su alma la melancolía del pasajero que, sobre la cubierta de un trasatlántico, dice adiós a lo que nunca volverá a ver...

Sentado en un poyete, cerca de Luis, está Juanón; se abstrae asimismo, el mirar en la lejanía. Pero el mozo no siente como el viejo.

Piensa el viejo en que no verá la redención de los humildes, de los que llevan grilletes de injusticia, de de los que en su hambre y sed de redención hallan siempre cerrado el camino por la Iglesia. Y Luis maldice a la Iglesia, cuyos tentáculos se tienden sobre los Consejos de Administración, sobre la burguesía, sobre todos los que debieran tener por conciencia algo más que un libro de cheques.

El mozo, confía. Los jóvenes harán la obra magna. Poco importa que el presente sea de la injusticia. El porvenir será de los que hoy se lanzan a la lucha

contra el monstruoso hervidero de absurdos creado por la Religión en su amancebamiento con el Capitalismo. Ya no basta con que Dios adormezca taimadamente a las víctimas prometiéndoles buen vivir cuando se mueran. Los hombres quieren la justicia hoy, no en el reino de las ficciones.

—Abuelo—dice de improviso Juanón—, ¿vamos a consentir que la Virgen nos destruya? La Virgen ha venido para que sea más fácil echarnos. Juntos, podíamos bastante. Hoy, con los odios que andan sueltos, cada uno echará por su lado.

—¿Te choca? La Iglesia bien supo lo que se hacía taponando con sus historias el cerebro de la mujer. Todos presumimos de muy hombres; pero al cabo, a ciertas horas, la Iglesia, que tanto ha maldecido la carne de la mujer, nos domina con esa carne. No seremos libres en España mientras no se imponga a las mujeres sentir la libertad.

—¿La libertad por la fuerza?

—No. Es innecesario imponerse a la mujer arrancándole convicciones venenosas. Basta con descuarjar todas las raíces políticas de la Iglesia, que en España es como no es en ningún otro país del mundo. Primero, hacer tabla rasa de todos los tentáculos de la Iglesia; luego, sujeta a un plano de igualdad con los que se defienden de ella, entonces, sí, respeto para la Iglesia. Como no se obre de tal modo, aunque venga la República poco habremos cambiado. Variará la fachada; lo de dentro, que es el refugio de la Iglesia, continuará lo mismo.

—Y eso, ¿lo cree usted posible?

—Sí, como haya revolución. Difícil, muy difícil, como hayan de hacerlo **pacíficamente** los políticos, en la comodidad de sus escaños. El hacha del pueblo; no el raspador del oficinista.

—No lo dude usted—responde convencido el mozo—; haremos la revolución. El mundo ha entrado en la era de la gran revolución transformadora. Y yo seré uno. Porque para serlo me sobrará con decirme: ¿Para quién habremos hecho aquí lo que hicimos? ¿Quién cogerá las aceitunas que nosotros plantamos y los racimos que por nuestro esfuerzo tuvo que parir la tierra? ¿Adónde irán, en billetes, los sudores de todos nosotros, que, mientras, nos hallamos con el hambre cara a cara? Es preciso hacer la Revolución. Es preciso acabar con Dios. Porque Dios es enemigo del que trabaja.

—Cierto,—respondió tristemente Luis.— Por algo aconsejaba Jesucristo que no se trabajase, y por algo le obedecen sus acaudalados discípulos. ¡Maldita sea !... ¡ Y pensar que ahora !... Ahora ¡ al perro camino, a crujir de hambre ! ¡ O irse a Orán, donde se estruja como limones a los nuestros !

—No abuelo; no. ¿Por qué huir de España? ¿No es también nuestra, de los pobres? ¿No dicen que el derecho al trabajo es una verdad; que representa el derecho a la vida? Yo he oído que con los terrenos que tiene España pueden vivir dos veces más españoles que hay. Algún rincón hallaremos donde meternos, hasta que llegue nuestro día. Porque el derecho al trabajo es trabajar para el bien de todos, no para enriquecimiento de uno sólo.

Meneó la cabeza Luis, caviloso. —Antes, sí. En los despoblados podías coger tu porción de tierra inculta—porque la tierra, como el aire, es de todos—; y pelear con ella, y rendirla, y obligarla a cumplir con su obligación de mantener a los hombres. ¡Hoy! Hoy, los únicos que casi nunca tienen tierras, son los que la trabajan. Como tampoco tienen fábricas los obreros. Estamos metidos en una máquina que nos absorbe por un lado los tuétanos y los echa por otro, convertidos en billetes de Banco, en la caja de los burgueses.

—Porque los pobres quieren. ¿No son los más? ¿Qué fuerza puede prevalecer contra su fuerza? Ya iba yo a trabajar las tierras de los ricos para que se enriqueciesen más con mi sudor. Te aseguro que como nos vayamos de aquí... éstos... éstos...

—Tú eres un chiquillo, y estas son cosas de hombres. Y a los hombres los caza la ley a tiro limpio.

—¡Chiquillo! ¡Si todos los chiquillos se decidiesen a sentirse hombres! ¿Nos iban a matar a todos? Por lo menos, a estas horas, habríamos echado a los moscones que ahí, en la Montaña de la Virgen, no hacen sino mirar por unos anteojos y tomar medidas.

El viejo miró curioso hacia allá. Verdaderamente, arriba, en la cresta de la rocosa altura, destacábase sobre la fina luminosidad del atardecer el inquieto bullebulle de unos individuos, entregados a extrañas manipulaciones.

—¿Qué harán?—inquirió Luis, pensativo.

El estampido sordo de un barreno trajo la respues-

ta. Voló en pedazos una masa de pedruscos, y vióse aparecer en la crestería como una gran melladura.

—¿No dice la Iglesia—preguntó irónico el viejo—que la fe transporta las montañas? Pues ahí tienes a la Iglesia buscando la fe en la dinamita. Nuestra Señora la Dinamita! *¡Virgo potens! ¡Mater admirabilis!*

VI

En torno a larga mesa repantigábanse los señores consejeros, felices entre el deleitoso humo de sus habanos. El presidente—un señor buído, rasurado, con perfil de ave de presa—definía con voz monótona el admirable porvenir de la Sociedad. Y oíasele:

—Como ustedes saben—porque aquí representamos idénticos intereses religiosos—, la obra social adelanta con empuje arrollador. Pocas son las señoras aristocráticas que no han contribuido para la erección de un templo majestuoso en la Montaña de la Virgen. Todas se apresuraron a reconocer que, como de costumbre, Nuestra Señora manifestaba con su aparición el deseo de tener un templo allí mismo.

Miráronse los consejeros, con pícaro sonreír, y el Presidente hizo una pausa maliciosa.

—Con todo, señores—continuó el ave de presa—,

el templo es lo que menos interés tiene para nosotros. Fruto de piadosa suscripción, queda en sí al margen de nuestros fines sociales. Lo que nos importa, lo para que nos hemos constituido, es lo que envuelve al templo y ha de recoger las utilidades que fluyan del templo.

Un rumor entusiasta difundióse por la asamblea.

—Como es de esperar—siguió el disertante con placida sonrisa—que Nuestra Señora de la Montaña no interrumpa la era de sus milagros, las utilidades tienen que ser copiosas. Aunque no lleguen, ni con mucho, a las enormes de Lourdes...

—¡Ay, no! ¡A esas no llegaremos—suspiró con amargura un consejero—. ¡Maldito Lourdes!

—¡Ese sí que es un gran negocio!—musitó con envidia el secretario—. ¡Bribones! ¡Se lo llevan todo!

—¡La competencia es poco menos que imposible!—expuso un tercero—. ¡Tienen mucho cinismo para él reclamo!

—Seamos optimistas, señores—afirmó el Presidente—. ¿Quién nos dice que Nuestra Señora de la Montaña no llegará a ser Virgen de primera categoría? Vamos muy bien, pero muy bien. La gente se lo traga todo.

Y describió el curso del plan de obras. Próximo al templo, el gran hotel, con restaurante, para desplumar a los turistas piadosos. Una manzana de edificaciones, distribuidas en pisitos alquilables por meses y aun por semanas, para las parejas que gustan de convivir en soledad durante alguna escapatoria (Esta sería la mejor fuente de ingresos). Bazares muy

bien surtidos. Tienda con bisutería concerniente a Nuestra Señora de la Montaña. Un «garage», de obligatorio uso, para cuantos automóviles llegasen a la cumbre. (Cinco pesetas la estada.) Después, algo distantes, las distracciones profanas: «cabaret» con «souper tango», recreos de tapete verde, parque con reservados, etc., personillas alegres para contentamiento de los peregrinos mozos y viejos...

—Porque, señores—añadió el Presidente—, por triste que sea, algo hay que conceder al espíritu del siglo. La experiencia lograda en otros santuarios acredita que sin habitaciones para las parejas y sin «cabaret» con tziganes, y sin mariposas de amor, la gente se aburre y desfila sin dejar rendimiento.

—Dios lo remedie—adujo con santa compunción uno de los consejeros, mudo hasta entonces—. Y a propósito, ¿no se instalará el «cabaret», cabalmente, en el sitio que aún ocupan las viviendas de los ateos?

El Presidente hizo un ademán de asenso. —¡Claro! Es el paraje más a propósito. Con la fuente que allí alumbró el grupo ateo se proyecta nutrir una piscina pública. Y tendremos playa artificial para los amantes del desnudismo.

—Ruego al señor Presidente—susurró uno de los vocales—, que se nos explique por qué se ha retrasado el lanzamiento de la tribu comunista. La demora nos puede producir pérdidas considerables.

Habló el hombre de presa:

—Mi criterio, señores, está inspirado en el de la santa madre Iglesia. Obtener con ingenio lo que se

pueda. Y cuando más no se pueda, lograrlo sin contemplaciones. Como sería terrible campanada echar de golpe a tantas familias, he maniobrado con astucia. Gentes de mi confianza consiguieron captar a uno de los colonos. Y éste acusó a los más enérgicos de estar vendidos a los frailes para producir la ruina y la muerte de todos.

—¡Bien, bien!—subrayó aprobatorio runruneo.

—En resumen—adujo el que presidía—, la mayor parte de los rebeldes han capitulado. Se les enseñó la Doctrina, se comprometieron a confesar puntualmente, y trabajan en las obras. Cuando éstas acaben, los despediremos y en paz. A otros dióseles por bajo cuerda cualquier cosilla, y se han ido sin chistar. Según costumbre, las mujeres nos fueron utilísimas: han secundado con gran eficacia las indicaciones de los Padres.

—¡Alabado sea Dios!—oyóse decir con mieles de suspiro.

—¿Y cuántos quedan?—preguntó un caballero molesto.

—Quedan aún cinco o seis familias. Y sobre todo, ese anarquista malvado que las solivianta. El día del desahucio, señores, correrá allí la sangre. Por tanto, voy con pies de plomo. La Iglesia aborrece la sangre.

—Sí, sí—dijo un coro de voces—. Pero...

Sonrió misterioso el Presidente: —Señores, expuesto, ¿cuento con vuestra confianza? Si me asiste, fiad en mí.

Por aclamación acordóse confiar en él. Y todos

pasaron a la capilla, donde, puestos de hinojos ante el ídolo del «Yo, reinaré», diéronle gracias a la divina Providencia por el concurso que prestaba, con insigne prodigalidad, al negocio basado en Nuestra Señora de la Montaña.

Y no sin motivo. Porque lo de haberse aparecido la Virgen al viajero extraviado por quien se conoció su existencia, fué milagro de tramoya. Empero, si Dios hacía que la supuesta Virgen operase milagros, con ello acreditábase por modo rotundo el «placet» otorgado por Dios a los inventores de la nueva Virgen milagrosa.



Poco después, Luis el anarquista, el rebelde indomable, desapareció de la colonia. Le buscaron intranquilos toda la noche. ¿También él huía? ¿También capitulaba? No. Con las luces de la aurora pudo hallársele al fin. Pero muerto. En el fondo de un barranco. Convertido en sanguinolenta piltrafa.

«Se suicida uno de los ateos»—notició la Prensa devota.

Mas los señores consejeros evocaron la enigmática sonrisa de su digno Presidente.

VII

Tío Diego, el padre de Juanón, había visto irse al mozo algunas tardes en dirección al olivar, donde permanecía horas y horas. Llegó a preocuparse. ¿Qué maquinaba su hijo? Porque, a no dudar, el muchacho, ahora no menos sombrío y caviloso que antes alegre y francote, andaba en cualquier manejo vengativo.

Una vez le siguió. Y pronto estuvo al cabo de sus sospechas. Juanón, asesinaba olivos. Rencoroso contra los zánganos que en nombre de Dios viven amontonando bienes terrenales, vertía calderadas de agua hirviendo sobre los pobres árboles.

Tío Diego quiso recriminarle: —¡Destruir! ¿Y qué culpa tienen las obras de los hombres del mal que hagan los hombres?

Pero Juanón, con respetuosa energía, mostróse irreducible. —¡Ni uno solo dejaré con vida!— exclamó temblando de cólera—. ¿Quieren olivos? ¡Que los suden, como los hemos sudado nosotros! ¡Que se partan el alma sobre el terruño, como nosotros nos la hemos partido! La única propiedad legítima es la que viene del trabajo.

Al fin llevóse a Juanón su padre. Y casi casi tenía el mozo fervores místicos clamando con insistencia: —Quien siembra injusticias, recoja injusticias.

Aquella noche Tío Diego despertóse de repente, acongojado por extraña inquietud. ¿No eran tiros los que entreoyó en sueños? De codos sobre la yacija, llamó por lo bajo al muchachote, que dormía en el aposento contiguo. Nada. No tuvo respuesta. De un brinco se levantó el labriego y abalanzóse a la cama de Juanón. Nadie. Vacío el lecho; Juanón ausente.

Con el cuello agarrotado por la angustia, el padre fué a la puerta en cuatro zancadas. Y escuchó, escuchó, poniendo en los oídos todas las potencias de su sér. Casi al mismo tiempo, llenándole de terror, nuevas detonaciones estallaron en la solemne calma de la noche. Y después, el silencio, un silencio preñado de augurios amenazadores.

Tío Diego crispó los puños. Y con ciega furia, enarbolándolos como mazas contra la sombría loma de la Virgen, balbució iracundo: —¡Pobre de tí, fantasma, si has hecho algún mal a mi hijo!

¡Ay! Entre las breñas contiguas al polvorín donde se guardaba la dinamita de los barrenos, Juanón, rota la frente por un balazo, crispábase con la rigidez de la muerte. Su diestra, enclavijada sobre un cartucho del destructor explosivo, se tendía contra la mole de piedra que allá, en lo alto, era como un símbolo de dominación del pasado sobre el presente...

Tío Diego no vertió una lágrima. Inclínose ceñudo al cadáver de su hijo, y besándole en el rostro, murmuró de manera imperceptible: —Tu orden será cumplida...

VIII

Sobre la espina dorsal de la loma, engallábase la soberbia del templo. Cuando hay pecunia en abundancia, Dios, en su omnipotencia, imprime a las construcciones religiosas admirable celeridad.

Las religiosas damas de los donativos aflúan en montón, anhelantes de ver los progresos de la obra.

—¿Qué—decían un poco decepcionadas—, no ha obrado Nuestra Señora ningún prodigio?

—Paciencia, hermanas; paciencia—replicábales el fraile inspector de las obras—. Sobre que ya ha manifestado su grandioso poder imponiendo castigo a miserable que pretendía dinamitar la Casa de la divina Señora.

—¡Alabada sea Nuestra Señora!—respondían las visitantes al par que se santiguaban—. Y aplicábanse a lo más acucioso de su visita.

Por lo común llegaban todas en agradable compañía. ¡Oh! Unos caballeros muy religiosos, muy finos, muy prudentes. Ellas y ellos curioseaban un poco, elogiaban otro poco, y después... En fin, que fué preciso habilitar apresuradamente algunas tiendecillas de campaña donde las parejas se reposasen. Y con el crepúsculo vespéral, ¡a casa! Es decir, a

la en que aguardaba el marido a la piadosa cónyuge, y a la en que una esposa inquiría mirando el reloj: —¿Qué harán los hombres en el Casino a esta hora?

—¡Es una ignominia!—clamaba con indignación el vocal de semana del Patronato—. ¡Que necesiten usar tiendas de campaña, tan incómodas, cuando ya deberíamos disponer del parque de recreos, con su restaurante y sus reservados! ¡Esos malditos ateos que no acaban de desalojar sus guaridas!

Mientras, abajo, en «las guaridas», silencio, dolor, angustia.

Un juez especial—enviado celerosamente por los consejeros del monarca del morro caído—había puesto en claro, con no menor premura, la existencia de criminal confabulación entre los hombres que quedaban en la colonia. Los ateos querían volar la iglesia, llena de fieles, el mismo día de su bendición majestuosa. Y cobardes, como siempre, lanzaban a robar dinamita, noche tras noche, a los mozalbetes de la aldehuela. ¡Malvados! Todo el rigor de la ley caería sobre ellos...

Una noche llegó un tropel de hombres imperiosos. Acordonaron las casucas, deshicieron a culatazos las puertas, y los trabajadores de la colonia, con casi todos sus zagales, fuéronse atraillados camino de la prisión, para algunos antesala del presidio. Cuanto a las mujeres y chicuelos, la orden era terminante. Dentro de cuarenta y ocho horas debían haber desaparecido de la comarca. Y desaparecie-

ron, aguijoneados por la vista de unos fusiles, que los custodiaban como a horrendos malhechores.

El Patronato de Nuestra Señorta de la Montaña pudo, al fin, desenvolver sus piadosas iniciativas. Efectuado el lanzamiento sin que nadie apenas protestase contra él, muy en breve se alzó sobre las ruinas de la aldehuela el magnífico restaurante, con sus discretos cenadores, recatados a la malicia tras verdes setos espinosos. En la playa artificial, sirenas de carne y hueso triunfaron con la gloria inmarcesible de sus carnes, ceñidas por el «maillot» ceñidísimo. Y pudo correr el champaña cuando los opulentos fabricantes y las gentiles mecanógrafas que poblaban las viviendas rodeadoras del santuario, descendían en busca de alegre solaz al místico parque de recreos...

La ironía de las cosas hizo coincidir, con breve intervalo, el juicio oral para «El sacrílego complot de los Ateos», y la bendición solemne de la basílica.

Conforme esperaban todas las personas de orden, los odiosos dinamiteros viéronse condenar inexorablemente, según merecía el horrible propósito que les fué inventado. ¿Cómo no ser duros con tan abominable gentualla? Lo único de sentir era que el Tío Diego, padre del malvado Juanón, no estuviese con los que recibían ejemplar castigo. El infame, urdidor del sangriento propósito abortado, había conseguido evadirse la noche del copo.

La bendición del templo... ¡Ah! La bendición fué cosa grande. Allí resplandecía con sus símbolos paganos el sinfin de obispos que Dios tiene en su Es-

paña. Y la caterva de canónigos procedentes de todos los obispados. Y las inacabables comisiones de la inacabable frailería nacional.

En torno y al olor de los clérigos, bullía el rebaño de señoras aristocráticas, congregantes de las mil Congregaciones con que tantas justifican largos quehaceres fuera del domicilio conyugal. Y con las damas, tropas de amadamados luises, muy rizaditos y perfumaditos. En fin, como escolta pía, los hoscos requetés, de escapulario al cuello y «star» en la faltriquera...

En el cielo, el Mito de Nazaret, tan furioso contra los fariseos que acuden a rezar al templo, debía estremecerse de gozo. Aquella exhibición del fariseísmo de taquilla, era toda en honor de la Virgen, madre de Jesús y de los hermanos y hermanas de Jesús.

De súbito, en mitad de la insigne ceremonia, un hombre surgió al lado de la imagen de Nuestra Señora de la Montaña, resplandeciente de joyas como una vicetiple dúctil. Era Tío Diego. Tío Diego, tremante de vengadora exasperación y hacha en mano.

—Tú—vociferó, encarándose furioso con el ídolo—, nos has robado lo nuestro. Tú me asesinaste mi Juanón. Tú mandas a presidio inocentes y hundes en la desesperación a sus pobres familias. Tú introduces aquí las corrupciones que envuelven a los grandes santuarios de la milagrería. Pero no te valdrá nada. Voy a castigarte.

Y loco, desesperado, acometió al ídolo con el hacha. La cabeza, segada por robusto golpe, cayó con

estrépito sobre las tablas del altar, rebotó y abrióse contra las losas del pavimento, como granada madura.

Un alarido de horror difundióse por los ámbitos del templo. Y casi a la par retumbó tronante descarga. Los requetés, pistola en mano, y como aquel que persigue a una bestia rabiosa, disparaban sin cesar contra el iconoclasta, quien, cubierto de heridas, chorreando sangre, seguía hiriendo que hiriendo al lujoso ídolo, también acribillado por las balas de sus adoradores.

Un proyectil más certero alcanzó en el cráneo al padre sin ventura. Tío Diego dió un salto, aferróse instintivamente a la imagen, y ella y él, él y ella, derrumbáronse con estruendo sobre la sangre que ya empapaba el altar.

Los candelabros, caídos al golpe, hicieron arder los pañetes. Y mientras clerecía y devotas escapaban amedrentados, y algunos requetés descargaban aún sus pistolas sobre el muerto, las llamas, propagándose al retablo en que antes refulgía la pagana escultura de la Virgen, elevaron al cielo, entre densas columnas de humo, temerosa evocación del más puro pasado religioso.

Porque allá, en sus orígenes cananeos, el dogma padre del cristianismo fué ya lo que éste ha sido siempre: sangre, hogueras, negocio y ferocidad...

Augusta Vivera

¡Sensacional!
Nuestra odisea
en Villa Cisneros

por el confinado TOMAS CANO.

Colosal folleto, que deben leer todos los proletarios. ¡Viril relato! ¡Prosa vibrante! ¡Descripciones inoivables!

Prólogo de

RAMON FRANCO

Ejemplar, **50** céntimos.

Pedidos:

EDICIONES LIBERTAD

Roma, 41. - MADRID

A reembolso: 30 por 100 de descuento.

Con pago anticipado, 40 por 100.

Ayuntamiento de Madrid

¡Gran actualidad!

Frente a las provocaciones del Cerro de los Angeles, la revolucionaria BIBLIOTECA DE LOS SIN DIOS, yergue su demoledor número 5

LA FARSA DEL CRISTO REY

por

AUGUSTO VIVERO

¡Es algo enorme, despiadado, insustituible!

Ejemplar, 25 céntimos.

Pedidos a reembolso, con el 30 por 100 de descuento, a

EDICIONES LIBERTAD

Roma, 41. — MADRID

Ayuntamiento de Madrid